

LA ARAUCANA EN SUS 35 CANTOS ORIGINALES

El suplicio del heroico Caupolicán cierra soberbiamente la *Araucana*. En vida del poeta, todas las ediciones presentan esa memorable escena en el *penúltimo* canto, el XXXIV, verdadero final, seguido de un canto a manera de epílogo.¹ La parte tercera del poema aparece por primera vez en Madrid, en 1589; el autor muere en noviembre de 1594 y sólo a partir de la reimpresión póstuma madrileña de 1597, la *Araucana* tendrá ya no treinticinco sino hasta treintisiete cantos, tal como se lee en nuestros días.

Sin embargo, toda esa última parte del poema tiende a la escena de la muerte, heroica e injusta, del gran jefe chileno: hechos de armas, sorpresas, y, tras la captura de Caupolicán, la desgarradora escena de Fresia, su mujer: momento cruel, dolorosísimo, cuya truculencia tiene verdad artística a la vez que histórica. De otro lado, la condena a Reinoso, quien decidió ese bárbaro suplicio, tiene íntima relación con la óptica proindígena y lascasiana de Ercilla.²

Una vez más, los textos generalmente aceptados merecen serias reservas. Alargando la parte tercera, la versión póstuma, que hoy todos admiten, estropea el impacto de esa trágica muerte. No hay final climático y la construcción del poema se resiente. Las varias docenas de octavas intercaladas rompen el canto XXXIV original, complican abigarradamente la acción y distraen el interés. Perjudican el conjunto y el carácter épico. Hay sí, en lo añadido, bellos pasajes como el del viaje al archipiélago austral, pero en desmedro del plan, más vigoroso y claro sin ese injerto.

Ducamin observó que en la versión en treintisiete cantos hay contradicciones; José Toribio Medina, quien lo tuvo en cuenta, no se decidió a anotarlos expresamente en el texto de su *edición*

¹ Esta nota resume una comunicación presentada el 24 de septiembre de 1969 en el coloquio sobre Ercilla celebrado en la Universidad de Michigan, Ann Arbor.

² Sobre la veracidad del poema trato en "Caupolicán, clave historial y épica de la *Araucana*", en el homenaje a Marcel Bataillon de la *Revue de Littérature Comparée*, París, 1978; para el lascasismo, cf. "El chapetón Ercilla y la honra araucana", en *Filología*, Buenos Aires, X (1964), páginas 116-134.

del Centenario y se conformó con apuntarlo en sus *ilustraciones*.³ El canto XXXV original, que se cierra con referencias autobiográficas, pasa a ser el XXXVII en la versión póstuma. Allí justamente, en 1589, Ercilla había prometido no alargarse en noticias propias sobre su viaje al sur:

Dejo, por no cansaros y ser míos,
los inmensos trabajos padecidos...

Asimismo el poeta advierte:

No digo cómo al fin, por accidente
del mozo capitán acelerado [don García],
fui sacado a la plaza injustamente
a ser públicamente degollado...

De ambos asuntos habla el injertado canto XXXVI, que hoy se lee *antes* de esas palabras. Parche notorio, pues los versos citados, debe insistirse, aparecieron *siempre* en el canto último, fuese XXXIV o XXXVII, y jamás se corrigieron. Además de estas contradicciones, ocurre que tampoco se enmendó el resumen o *argumento* del canto XXXIV, que dice.

Habla Caupolicán a Reynoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan a la elección del nuevo general. *Manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.*

El llamado a la guerra del Portugal pasó desde 1597 al canto XXXVI, pero el *argumento* o si se quiere el título no se alteró, y así ha permanecido en las ediciones modernas, al menos en su gran mayoría.

Cierto que la edición póstuma de Madrid, 1597, debió contar con la aprobación de la viuda;⁴ muy probable, pero nadie puede

³ JEAN DUCAMIN, *Introducción y notas a Ercilla, L'Araucana. Morceaux choisis*, Paris, 1900, pp. xli y s., y 253, nota 1; JOSÉ TORIBIO MEDINA, edición de *La araucana*, Santiago de Chile, 1910-1918, 5 vols., especialmente las ilustraciones VI y X; la idea de no anotar el texto pero sí comentarlo aparte la tomó, para mal, de Ferrer del Río (*infra*, nota 4).

⁴ Antonio Ferrer del Río, en su edición del poema publicada por la Real Academia, Madrid, 1866, escribe: "Por superior a todas [las edicio-

afirmar que esos añadidos representen la última voluntad de Ercilla. Es una suposición y nada lo documenta; tampoco consta que *todo* sea de mano original. Imprimió la edición póstuma el licenciado Varez de Castro, a quien no faltaban letras ni relaciones con escritores. Alguna pluma extraña pudo quizás intervenir en las junturas. Cabe muy bien, y ello resulta grave, que no se trate de adiciones tardías sino más bien de viejos borradores que Ercilla desechó hacia 1589. Apuntamos posibles razones: no lastimar más de la cuenta a don García Hurtado de Mendoza, ni ocuparse mucho de él, ni tampoco de sí mismo; etc. Piénsese — nadie lo recuerda — que Pedro de Oña quiso desagraciar a don García, virrey del Perú, en su *Arauco domado* (1596), conociendo tan sólo la versión en treinticinco cantos.

Existen ejemplares de la primera edición de la parte tercera, 1589, en ambos formatos, en 4º y en 8º con 21 hojas trufadas,⁵ por las cuales se llega exactamente al texto póstumo de 1597. Tras detenido examen, cuya exposición es larga y prolija, pienso que nada prueba que tales injertos se hicieran en vida del poeta.

La extraña edición póstuma (con 21 hojas más pero con las mismas licencias y tasa), esos ejemplares amorcillados, los parches y contradicciones del texto actual tras los injertos, plantean arduos problemas críticos en lo interno y lo externo. Mientras no aparezca documentación convincente, nada habrá mejor que vol-

nes] como correcta se debe considerar sin duda la hecha en Madrid el año 1597, ... en casa del licenciado Castro, donde se advierten oportunas enmiendas de Ercilla, según todas las *verosimilitudes*... No es de *presumir* que [la viuda] tolerara alteraciones en el texto de *La araucana* que el autor no dejó escritas." Constando que en la edición "intervino un hombre de letras", Varez de Castro, "lo *probable* es que la hiciera sobre un ejemplar proporcionado por la viuda" (ilustr. IX). ¿Basta ello para satisfacer a la crítica?

⁵ Medina, *loc. cit.*, ilustr. X; al hablar de una edición de 1589, en 8º, me refiero a la fechada en 1590 para el poema entero. Ducamin, sin advertir que manejaba un ejemplar trufado de esta impresión, creía que ya en ese año el poema tenía treintisiete cantos (*loc. cit.*); esto queda ahora en claro. Ignoro si Ducamin haya escrito más al respecto. En carta de febrero de 1975, el Sr. Alberto Méndez Herrera, alumno de Harvard, me indicó que conocía un ejemplar de la parte tercera de 1589, en 4º, "con hojas trufadas que van del folio 323 al 342; ... sin embargo, no incluye las seis estrofas del canto XXXII agregadas al comienzo de la narración del Dido". Medina, por el contrario, describe esa edición con ese añadido en hoja adicional, pero sólo en treinticinco cantos; parece no haber visto un ejemplar normal. No sé cuál halló el Sr. Méndez, a quien informé del mío. Dejo ahora aparte el problema de las adiciones, muy breves, tocantes a la historia de Dido.

ver a imprimir y a leer el poema en sus treinticinco cantos originales, que culminan en la desgarradora muerte del gran Caupolicano. ¿Qué hacer entonces con lo añadido? Guardarlo y apreciarlo, pero fuera del cuerpo del poema, en un apéndice.⁶

JOSÉ DURAND

University of California, Berkeley.

⁶ En esa sesión de 1968 exhibí un revelador ejemplar, sucio y falto, en 8º, que adquirí en Valencia dos años antes. También mostré fotocopias de otro ejemplar amorcillado, en 4º, que existe en el salón de *Raros* de la Biblioteca Nacional de Madrid; no solía servirse por haberse clasificado como "incompleto"; hasta donde sé, había escapado a la diligencia de los estudiosos. Gracias a la Clements Library de Michigan, pude cotejar a la vez, ese mismo día, la edición de Madrid, 1597, cuya semejanza tipográfica con las otras citadas es notable: todas usan caracteres de la misma familia. Se hallaban presentes los profesores Rodríguez Moñino y Avalle Arce, con quienes discutí previamente el tema, y también especialistas en la épica como los profesores Morinigo, von Richthofen, Lohmann Villena, Chapman, Amor y Vázquez, Mejía Sánchez y Albarracín Sarmiento, entre otros. Las estrofas añadidas se reseñan en Ducamin (*loc. cit.*) y en Medina (ilustr. X).